

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Si queremos que se nos respete empecemos por respetarnos.
 2. La dignidad personal es el respeto de sí mismo.
 3. Respetarse es no hacer nada indigno de un ser libre y razonable.
 4. Como el alma, el cuerpo tiene su dignidad; es necesario que haya acuerdo entre ellos, y que el exterior corresponda al interior.
 5. Las palabras groseras manchan la boca.
 6. El hombre de bien, el hombre de corazón, el hombre de palabra, el hombre honrado; he ahí, los que son respetables y respetados.
 7. Los holgazanes, solicitadores, zalameros, bufones, cobardes, ebrios, mal hablados, mentirosos; he ahí las gentes miserables, despreciables y despreciadas.
-

DIALOGO 10º

LA MENTIRA.

SUMARIO.—*Lo que nos hace decaer de nuestra estimación y de la de los demás.—La franqueza es la condición del progreso moral.—Todos los defectos y vicios conducen á la mentira.—Cómo se toma el hábito y gusto á la mentira.—Del arte de mentir; sus peligros.—Del engaño ó mentira en acción.*

—Decidme León, cuando habeis cometido alguna falta, ¿no os veis tentados á decir que no la habeis cometido?

—Sí, señor, algunas veces.

—¿Por qué pues, estais tentado á mentir?

—Para no ser castigado.

—Entonces, es el temor del castigo el que os impulsa á mentir?

—Sí, señor.

—¿Es un sentimiento noble ese temor? ¿Estais muy contento y altivo de vos, cuando habeis mentido?

—No, señor, de ningún modo.

—Confesad que habeis perdido en vuestra estimación.

—Es verdad, señor.

—Y si la mentira se descubre, lo que no es raro, ¿creeis que habeis ganado mucho en la estimación de aquellos á quienes les habeis mentido?

—No, señor, al contrario.

—Si las buenas acciones merecen elogios y aún recompensas, ¿no es justo que las faltas sean censuradas y aún castigadas?

—Sí, señor, es justo.

—Es justo y es útil, porque las recompensas dan valor para el bien, y los castigos alejan del mal. Puesto que aceptais las unas cuando las habeis merecido, es necesario pues, aceptar también los otros cuando desmereis; esto es de justicia. Si habiendo cometido una falta, la confesais francamente, ¿no estais contento de vos mismo?

—Sí, señor.

—¿Por qué? Porque teneis el valor de ir al encuentro del castigo.

—Sí, señor, así lo creo.

—Yo también lo creo; pero hay aún otra cosa. Veamos, ¿no se tiene vergüenza de confesar haber hecho alguna cosa mala?

—Sí, señor, sin duda.

—¿Es porque no se quiere dar de sí una idea desfavorable confesando la falta?

—Sí, señor.

—Cuesta pues confesarla. Y bien, este esfuerzo mismo es lo que es meritorio; y es por haber hecho este esfuerzo, por lo que estais contentos de vosotros. La confesión es ya una expiación de la falta, y una expiación que tiene el gran mérito de ser voluntaria: es un acto de valor moral que nos eleva y ennoblece mientras que la mentira nos rebaja y nos en-

vilece. Por otra parte, lo que podeis haber perdido en la opinión por la falta misma, ¿creeis que la confesión no os lo hace recuperar?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Es tal vez porque la confesión es una prueba de franqueza.

—Sin duda, ¿pero la confesión no prueba otra cosa?

—Prueba que me arrepiento de la falta.

—Eso; además el que se arrepiente de una falta, ¿no tiene la intención, el deseo de evitarla en el porvenir?

—Ciertamente, señor.

—La confesión es pues una prueba de valor moral y una prenda de mejoramiento. He ahí por qué la franqueza tiene tanto precio á nuestros ojos, y por qué cuando un niño confiesa francamente sus faltas, se concibe de él una opinión favorable y se inclina á perdonarle. El que trate de ocultar por la mentira la primera falta, ¿no estará tentado de cometer otras?

—Sí, señor, es probable.

—Podeis decir; ciertamente. Habiendo tratado de ocultar, se lisonjeará en engañar aún, y en esta esperanza se dejará conducir á nuevas faltas. Así una falta no confesada conduce á otras, y una mentira feliz arrastra á nuevas faltas. Así es por lo que poco á poco se toma el hábito de hacer mal y de mentir, y se acaba por hacerse un niño vicioso y un

mentiroso incorregible. Decidme, ¿un niño cuya conducta es irreprochable se ve conducido á mentir?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no tiene nada que ocultar.

—Un aturdido pierde sus libros; en lugar de confesar que los ha perdido, dice que se los han tomado, ¿cuál es la causa de su mentira?

—Su aturdimiento.

—Un glotón se roba unos pasteles: se le sospecha, se le pregunta, él niega. ¿Qué es lo que le hace mentir?

—Su glotonería.

—Un perezoso no ha hecho su tema: cuando el maestro le pregunta: “Lo he perdido” le dice. ¿Qué es lo que le conduce á mentir?

—Su pereza.

—Un vanidoso se vanagloria de haber hecho correr á un lobo; la verdad es que él es el que ha corrido, y á todo correr.

¿Por qué ha mentido?

—Por vanidad.

—Al pobre anciano que le pide caridad, un egoísta responde que no tiene nada, esto es falso: tiene algunos sueldos en su bolsa.

—¿Por qué miente?

—Por egoísmo.

—Podemos así también pasar la revista de todos los defectos y de todos los vicios: vereis que todos sin excepción, sugieren la mentira. La mentira es

su auxiliar, su compañía, su abogado: de suerte que el más seguro medio de preservarse de la mentira, es conducirse bien y corregirse de los otros defectos.

Algunas veces un niño cree excusable mentir por faltas ligeras; pero que ponga cuidado, la pendiente es resbaladiza; después de haber mentido por frioleras, se llega á mentir en faltas más graves. Poco á poco los escrúpulos se disipan, la conciencia se embota y se acaba por mentir con seguridad y sin remordimientos. Hay más: á fuerza de mentir no solamente se contrae hábito, sino se toma gusto, se ejerce, se perfecciona, se adquiere el arte de mentir, y cuando se posee, se siente uno materialmente llevado á sacarle provecho.

El arte de mentir es una excitación continua al mal. Se había comenzado por ocultar, por tener secretas faltas, una vez cometidas; la mentira no venía sino después; he ahí que pasa adelante. Entonces se preparan, se combinan fábulas al acaso; artificios para cubrir las faltas que se propone cometer. Así es que el arte peligroso de mentir puede convertir al hombre en falso, pérfido y malvado; se hace á la larga el consejero, el instigador de las acciones más malas, y aún de los crímenes. Hay en efecto dos especies de criminales: los que se dejan arrastrar por movimientos de pasiones peligrosas y violentas, y los que meditan durante tiempo y friamente sus crímenes; pues éstos son casi todos, mentirosos intrépidos.

Pero si el arte de mentir no conduce siempre al

crimen; la mentira conduce al engaño, porque le ayuda á engañar. ¿Sabeis en qué consiste la estafa?

—Consiste en procurarse dinero por medio de mentiras, falsas promesas, juramentos falsos.

—Sí, y con intención de no cumplirlos; es pues el robo por mentira.

¿Creeis que no se puede engañar más que con palabras?

—No, señor, se puede engañar de otra manera.

—En efecto, por la vista, por los gestos, la postura, en toda la persona.

¿Qué es un hipócrita?

—El que parece ser lo que no es.

—Bien, así el que parece ser piadoso y no lo es, como el Tartufo de Molière, ese es un hipócrita. Ese no miente una vez por casualidad, ni aún sucesivamente: miente sin cesar: toda su persona, toda su conducta, no son sino una mentira: es la mentira personificada. ¿Y por qué el hipócrita engaña? ¿acaso por diversión?

—No, señor, por interés.

—Es decir, porque le den dinero, tierras, casas, en fin, todo lo que desea: así, además de la mentira en palabras, la que consiste sobre todo en ocultar las faltas que se han cometido, existe pues la mentira en acción, que consiste en procurarse por el engaño, dinero ó bienes de otro.

Este medio es peor que el otro y desgraciadamente no es menos frecuente.

El comerciante que vende con pesos falsos, ¿comete mentira en palabras?

—No, señor, en acción.

—Son sus pesos y su balanza, los mentirosos. Pesos falsos, falsa moneda, falsos billetes, falsas mercancías, falsos licores, falsas telas, falsas pedrerías, falsos títulos de nobleza, firma falsa: son mentiras en acción, es decir, engaños. De todas estas mentiras, el interés es el principio, el robo es el fin.

Si es censurable mentir por ocultar una falta, es más culpable mentir para apropiarse el dinero de otro. No es eso solamente una falta, es un delito, algunas veces un crimen. Pero no lo olvidéis: el engaño es vecino de la mentira: están colocados en el mismo sitio; la mentira es la primera estación, el engaño es la segunda y del uno al otro no hay distancia.

Resumen de la lección.

—Cuando habéis cometido una falta, el temor de ser castigados os impulsa á mentir; pero el temor de un sentimiento bajo y la mentira os hace perder algo de vuestra estimación, y si es descubierta, os hace perder más aún en la estimación de los otros.

—Así con frecuencia es menos el temor de ser castigados, que el temor de dar de vosotros una idea desfavorable, lo que os conduce á negar vuestras faltas. ¡Bien! desengañaos, la confesión no puede sino levantaros en la opinión de los otros: primero porque es difícil hacerla, en seguida porque es una prueba de arrepentimiento y una prenda de mejoramiento.

to moral. Es una expiación voluntaria que no puede menos que acrecentar la estimación y el afecto de vuestros padres y maestros; darles la esperanza y la confianza en vos é inclinarlos á la indulgencia y al perdón.

—Al contrario el que niega su falta y logra ser creído, ese es conducido naturalmente á cometer nuevas faltas y para cubrirlas á decir nuevas mentiras. Así es como toma la costumbre de mentir, y en lugar de corregirse de sus faltas se hace más y más vicioso.

—Todos los defectos, todos los vicios conducen á la mentira, porque nos impulsan á obrar mal, y por consiguiente, á ocultar lo que hemos hecho mal. El mejor medio de preservarse de la mentira, es pues corregirse de los defectos y de los vicios.

—Los niños creen fácilmente excusable mentir por una falta ligera; pero que tengan cuidado, están sobre pendiente resbaladiza: después de haber mentido por nada, se llega insensiblemente á mentir por faltas graves: se toma la costumbre, después el gusto: se adquiere el arte de mentir. Entonces la mentira no sirve solamente para cubrir las faltas cometidas; se hace un medio de cometerlas. Si se está tentado á dar un mal paso, se preparan de antemano las mentiras, y artificios para desvanecer las sospechas.

—La mentira de palabra conduce á la mentira en acción, es decir, al engaño. El engaño es el medio de apropiarse el bien de otro. Vender géneros

falsos, licores falsos, telas falsas, falsa pedrería, servirse de pesos falsos, pagar con falsa moneda, billetes falsos, engañar con firmas, falsas escrituras; otros tantos engaños y mentiras en acción. La mentira que consiste en negar una falta es censurable; el engaño es culpable, es un delito, á veces un crimen; pero siempre el primero conduce al otro.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La franqueza ennoblece, la mentira envilece.
2. La falsedad es un vicio de esclavo: es indigna de un hombre libre.
3. La confesión de nuestras faltas es un prueba de arrepentimiento y una prenda de mejoramiento.
4. Francés y franco es una misma palabra: debe ser una sola cosa.
5. La mentira es la agradable sirviente de los defectos y los vicios.
6. El que se conduce bien no tiene el deseo, ni la necesidad, ni la ocasión de mentir.
7. En nuestra lengua todos los términos que sirven para designar la mentira y los mentirosos son términos de desprecio.
8. Las pequeñas mentiras conducen á las grandes.
9. El engaño es una mentira en acción.

10. La mentira es á la vez un arma defensiva y ofensiva: no sirve solamente para ocultar, sino para cometer acciones malas y crímenes.

11. Quien sabe ser sincero es hombre de honor.

12. No dirijas á nadie palabras que no salgan del corazón.

DIÁLOGO 11º

ECONOMÍA — EVITAR LAS DEUDAS.

SUMARIO.—*Como se gana el dinero.—Lo que se debe gastar.—Deudas; medio de evitarlas.—Economía; como se debe economizar.*

—Julio, cuando se tiene necesidad de ropa blanca, de vestidos, de utensilios, ¿qué hace uno?

—Señor, los compra.

—Bueno; pero para comprarlos ¿qué es necesario.

—Es necesario el dinero.

—Y para comprar bueyes, caballos, tierras, una casa, ¿no es necesario también el dinero?

—Sí, señor; se necesita mucho más.

—Conoce vd. comerciantes que den sus mercancías por nada?

—No, señor, se arruinarían.

—No se tiene pues nada sin dinero; ¿qué infiere usted de eso?

—Que el dinero es indispensable.

—Bien; ¿no hay varios medios de procurarlo?

—Sí, señor.

—¿Se puede por ejemplo tomarlo diestramente de la bolsa del vecino?

—Pero, señor, eso no es un medio honesto.

—En buena hora; no se debe robar el dinero, se debe ganar. ¿Y cómo se gana el dinero?

—Se gana trabajando.

—Es verdad; ¿sin embargo no se puede tener dinero sin poseerlo, ni haberlo robado, ni ganado?

—Sí, señor, cuando se hereda.

—Bien; pero todo el mundo no hereda, mientras que todo el mundo puede y debe trabajar.

Y puesto que el dinero que se hereda aún cuando se posea legítimamente no vale lo que el dinero que se ha ganado uno mismo, cuando decimos de alguno que es el artesano de su fortuna, ¿qué entendemos por eso?

—Que no debe su fortuna sino á sí mismo.

—Eso es; que ella es el fruto de su trabajo. Decir de un hombre que es el artesano de su fortuna, ¿no es un elogio?

—Sí, señor.

—Y decir de un hombre que es rico porque ha heredado, ¿es un elogio también?

—No, señor.

—La diferencia es grande; no hay ningún mérito en heredar, es un cambio feliz, he ahí todo; pero hay mérito en llegar por el trabajo á tener una